

NIETA DE REYES

I

Yo no sé si el tipo femenino será, por misterios fisiológicos, suma y trasunto de la naturaleza ambiente; pero consigno mi impresión de que en Andalucía cada provincia *da su mujer* que la condensa y personifica: así, la gaditana tiene el balanceo y movilidad de las ondas que besan sus playas; la sevillana reproduce en su mórbida plenitud los contornos de olivos y naranjos, y transpira más intenso perfume de vida, como amasada con la tierra que produce nardos y azahares; la granadina, en cambio, recuerda en su esbeltez las siluetas de los altos montes y de los árboles cimbreantes, y en la oriental poesía de su mirar distante y vago evoca la visión de todo aquel país de ensueño y de leyenda, hecho de suelo volcánico, crestas de nieve, cármenes floridos y alcázares de hadas.

Así era Angustias, la mocita más garbosa y linda de Granada, que para encarnar mejor el tipo regional tenía también su leyenda, según las gentes, y tenía su ensueño que se transparentaba en toda su persona.

De su padre, Pedro Andarás, tornero de oficio, rezaba la tradición oral que descendía no

menos que del rey Abdallah (el Zagal), que después de la toma de Guadix, y perdidos todos sus estados, se retiró á su señorío de *Andarax*, nombre que en lenguas cristianas se convirtió en Andarás.

Y no sé si por lo bien que la tradición sentaba á Angustias, ó por haberse ella modelado dentro de aquel recuerdo de realeza, ello era que la llamaban la *Princesa* y que el sobrenombre le venía como anillo al dedo, porque aun tocada con el pañizuelo de seda y envuelta en el mantoncillo de espuma, parecía una princesa de leyenda cuando al cadencioso ritmo de su andar de andaluza hollaba las calles de Granada.

II

Pero la leyenda de Angustias no andaba sólo en lenguas del vulgo; tenía ella dentro, porque á no mantenerse del jugo ideal de un ensueño, no se comprendía que hembra tan seductora pasase como sonámbula por la tierra, sin fijar nunca los ojos en los mozos de toda Granada que bebían por ella los vientos, ni siquiera en Pepe el *Centellas*, gallardo picador de caballos, y el más atrevido y fogoso de sus rondadores.

Pero Pepe procedía de gentes del Albaicín, y se susurraba que era de sangre gitana con levadura morisca—ralea de panteras cruzada con raza de leones—; y á Pepe se le había puesto en el magín que Angustias había de quererle, y lo juró por *la gloria é su pare y por la salutta é su mare* en la taberna y en el corro de los que más le envidiaban; ¡y malo era que *el Centellas*

se emperrase en una cosa! Pero ni ruegos, ni ternezas, ni rendimientos, ni locuras, ni amenazas de Pepe, conmovían á la desamorada *Princesa*; porque la *Princesa* era insensible á cuanto venía de afuera; vivía dentro de sí misma acariciando un ensueño, esperando un ideal.

He aquí su secreto, ignorado de todos. Un día, cuando la hija de Pedro Andarás era muy niña, y su belleza como esplendor de amanecer granadino, en una cuesta del Albaicín orillada de altas chumberas, encontróse á solas con una gitana vieja á quien decían la *Zajori*, la cual, tomándola una mano, la dijo: "Oye, gloria de Sierra Nevada, rosa de la Alhambra, sangre de reyes moros, de lo alto viene tu casta, y un *divé* me dice que no te cases, jasta que llegue el Príncipe que te ha de poné en un trono."

¿Fue misterioso atavismo de realeza? ¿Fue exaltación enfermiza de la fantasía, alucinación infantil, ó hereditario delirio de grandezas?

Lo cierto era que desde aquel día, y como si la gitana la hubiese hechizado con maléfico sortilegio, la niña inculta y apasionada vivía esperando al prometido Príncipe, y que á nadie, ni á su madre moribunda, confió su secreto.

III

La noche de un día de verano en que Pepe se pasó la siesta asido á la reja de Angustias, y llegó á llorar desesperado sobre sus hierros, con los ojos escaldados todavía por aquel llanto de fuego, con las mejillas rojas de rabia y de vergüenza, entróse en la taberna resuelto á sorber copas y copas con obstinación suicida, hasta

apurar en ellas el delirio, la locura, la muerte. Y bebió, bebió como un insensato... Pero cuando la llama del alcohol comenzó á serpear por sus venas, una furia ciega apoderóse de él, un instinto salvaje se alzó de los más innobles yacimientos étnicos de su sér, y los hombres que había en la taberna le vieron retorcerse como un epiléptico, y salir con pasos de fiera asiéndose á las paredes.

En la acera de su calle—una calle toda granadina sombreada por anchos aleros y balcones floridos,—sentada en una silla de aneas y respaldada contra la pared de su casita, estabase Angustias mirando cómo la luz de la luna resbalaba lechosa y opalina por los muros blanqueados, ó se quebraba en los cristales del balconaje arrancándoles claros rieles de chispas azules ó diamantinas. Sin duda era la hora de sus misteriosas citas con el esperado Príncipe; acaso en aquella tibia luz de ensueño veíanle los ojos de su fantasía... De improviso, una forma negra surgió de las sombras que proyectaban los aleros y saltó con salto de tigre sobre la extática visionaria; dos veces se vió brillar en el aire un relámpago de acero, dos veces se hundió en el seno virginal la navaja del *Centellas*, y Angustias cayó de golpe al suelo anegada en el raudal de toda su sangre. Mientras el matador huía despavorido, la cara de la agonizante, bañada en luna, tomó una expresión mística como si columbrara algo divino.

Tal vez, á no esperar un ideal, Angustias se hubiera contentado con un hombre; pero... ¡acaso la niña granadina era encarnación de toda una raza!

POR LA REPÚBLICA

I

UN RETAZO DE HISTORIA

*Al Conde de las Navas.**

Tra-la-ra-ra-rí, tra-la-ra-ra-rí.

Hace veintisiete años, y aún me chilla dentro de los oídos aquel maldito clamoreo de las cornetas cantonales. ¿Que si presencié ó no presencié las escenas del 73 en Sevilla? Con que las refiera como si las hubiese presenciado, ¿qué más da que las viese ó que me figure haberlas visto?

Aquello, lectores carísimos, no cabe en descripciones, porque hay cosas que no reconstruye jamás la memoria, ni entran en las veinticinco letras del alfabeto, ni alcanza á pintarlas la mísera pluma, tan pobre de recursos cuando se mete por los mundos maravillosos del color, del sonido ó de las sensaciones.

¿Ustedes aciertan á explicarse lo que es todo un pueblo, toda una gran ciudad con calentura? Pues eso era Sevilla en los días de Junio y Julio de 1873.

Las losas de las aceras ardían y brillaban al sol como anchas placas de recién fundido acero; las paredes despedían vapores de horno; las puertas de las casas exudaban goterones de savia; los llamadores quemaban como planchas puestas á la lumbre, y no había materia que no se alterase, exhalando vaho caliginoso y penetrantes olores.

¿Parécele á ustedes demasiado calor? Pues aún había en la ciudad tres hogares que competían con ventaja con los altos hornos bilbaínos. ¡Había tres barrios ardiendo! Los de Santa Cruz, San Bartolomé y Santa María la Blanca. Y aún más calor que el que llovía el sol, y el que irradiaba la tierra, y más que el que lanzaban los formidables incendios, contenían las cabezas volcánicas de un puñado de locos, borrachos de sol, de aguardiente y de alucinaciones, que, fusil en mano, machete al cinto y gorrilla colorada en la pelambre, se batían como fieras en las barricadas, y alborotaban como energúmenos por las calles. ¿Eran aquéllos los mismos que días antes jugaban á los soldados, con sus cartucheras charoladas sobre la blusa azul, ó sobre el uniforme de crudillo con rojas vueltas? ¿Eran aquéllas las aguerridas falanjes de Carre-ró, el pintor adornista; de Miguel Mingorance, el barbero de la calle de Caldereros, que, por más señas, ostentaba en la muestra de su tienda, á entrambos lados de su nombre, un pie desnudo y una mano colgante, surtiendo sendos chorros de sangre en blancas palanganas?

Aquellos mismos eran, si bien había que restar, de entre los combatientes, muchos, muchísimos de los que figuraron en las paradas, pa-

seos militares y alardes lucidísimos, como aquel de la noche de la fiesta de la Proclamación en la Alameda de Hércules, donde, rodeados de sartas de llamitas de gas, lucían los retratos de Castelar, Rufz Zorrilla, Figueras, Pf y Margall, etc., etc., en torno del gran cuadro de la gigante Andandona, es decir, de una República federal, que parecía pintada por algún cabecilla carlista, según era de zafia, corpulenta y ordinariota la bellaca.—La pintura, digo, que con la señora República ¡guárdeme Dios de meterme!—Valiente hubo de aquellos que tanto se contonearon en la Alameda, á quien, en los días de la *junción gorda*, sacóle su brava mitad, á puros cachetes, del zaquizamí donde estaba zurradito de *canguelo*, y con la roja gorrilla, guarnecida de telarañas, llevaronle sus compañeros á morir sobre los adoquines de la Puerta de la Carne.

Ustedes, lectores amigos, no vieron aquello, ni le dieron importancia alguna, ni tendrán acaso noticia de sucesos tales, y, sin embargo, aquello es un jirón, un retacillo de historia patria, retacillo roto, enlodado, sangriento, y, por añadidura, muy parecido á otros muchos que andan rodando por las trasteras de la señora Clío. Mas, al cabo, es un jironcillo de epopeya nacional, empapado en sangre y en lágrimas.

No, no crean ustedes que voy á hacer historia. ¡Dios me libre del atrevimiento! Novela es, ó novelita, ¡y gracias!, ó como ustedes gusten llamarlo, esto que voy á trazar aquí de prisa, y en forma descarnada y monda de follajes y arrumacos retóricos.

II

FRASQUITO LLAMAS

¡Qué guapo era, señores, qué guapísimo, aquel pillete de Frasquito Llamas, aquel avisado oficialillo de herrero que...! Pero dejemos hablar á su madre, sevillana neta, creyente y pacífica, que, á la puerta de la fundición de San Antonio, acaloradamente discute con un grupo de señoras de la manifestación,—así dieron los periódicos en llamar á las amazonas republicanas.

—¡Cáyese usté la boca, señora!—decía la señá Remedios.—¿Qué tié que vé Maoliyo er *Manco*, ni *Mengue* er *Mondonguero*, ni er *Cartujano*, ni denguno? ¡Si no es porque yo lo diga, pero onde se pone Frasquito Llamas, republicano y tó, onde se planta mi Frasquito con er *suniforme* cantoná, y aquer garbo y aqueyo andare y aqueya sar de Dió, se pué poné... er Niño é la Vinge de lo Reyel ¡Y ya se me fué la lengua, porque en tocando á mi Frasquito...!

Y lloraba como una tonta. Razón tenía la buena mujer para entusiasmarse con el crío: primero, porque le había echado al mundo, y además porque Frasquito era hermoso como una escultura griega, valiente como un héroe del Romancero y más arrogante que el mejor matador de toros en medio del redondel. Desde que, niño aún, y con el pañal de fuera, acaudillaba aquellas heroicas pedreas que dejaron tan alta fama en los Humeros y Puerta de la

Barqueta, descubriase en el mocoso aquel don de mando, aquella certera vista, aquel arrojo y fiebre de acción que revelan á los grandes capitanes. De tal madera, ó más bien de tal bronce, fueron los Alejandro y Bonapartes. Lástima que aquel pollo de dictador gastase formas tan poco dignas del alto estilo de la epopeya, y que el prurito de hombrearse con los más desalmados cíclopes de la fundición, llevárale á presumir de bárbaro y á cultivar su animalidad, porque á no empeñarse tanto en parecer hombre, hubiéralo sido de veras.

Y de nada valían los gritos de la señá Remedios, ni sus plegarias y novenas para conseguir que su hijo se convirtiera y *ajurase* de aquella herejía de la República, que traía perdíos á los mozos é iba á concluir con el mundo, según lo que ella veía de *judiadas* y *animalás*; porque el hijo, cuantimás lagrimeaba y moqueteaba ella, más terne y más emperrao; jera el puro jierro aquer chavá! ¿Quedábale otra por dentro? Lo cierto era que él quería á la señá Remedios punto menos que á la Virgen de la Esperanza y al Señor del Gran Poder. ¡No le hablaran á él de otras Vírgenes ni de otros Cristos!

Pero una personita había en Sevilla que hacía al mozo lavarse, ponerse camisa limpia, mirarse al espejo, lustrar el correaje, andar con más garbo y lucir los galones de cabo como si luciera un par de entorchados relumbrantes.

III

IDILIO

Aquella personita se llamaba Mercedes, y era lo singular del caso que tenía por padre al guardia López, uno de los guardias civiles incorporados á las tropas que Pavía acaudillaba contra Sevilla. Pero ¿qué importaba que fuese su padre un *sivi*, un verdugo del pueblo, si la chiquilla valía muchos *Peruses* y era bonita como las propias rosas de Mayo? ¿Ni qué culpa tenía ella de que su novio fuera cantonal, si era más valiente que Prim y más reteguapo que el ángel del paso de San Juan de la Palma? Así, que cuando ella oía cantar por las calles aquellas coplas de la República,

Ni me peino ni me lavo
ni me pongo la *resilla*,
hasta que no se establezca
la República en Sevilla,

y otras de igual arte, aunque su padre fuera civil se le alegraba el alma, porque ella no era republicana, ¡pero como su chiquillo lo era!

La noche que precedió al primer día de fuego—¡noche de indescriptible ansiedad para Sevilla!—Frasquito, de paso que llevaba un parte para el Comité central, se escurrió y llegó á la reja de Mercedes.—¡Así como así, acaso no la veré más!—pensó, y no pudo resistir á aquel deseo. ¡Qué escena aquella á través de la reja

bañada en luna y rodeada de macetitas de albahaca!

—Frasquito, el corazón me da que se viene una desgracia muy grande; deja esa gorra, ese mardesío fusí y eso galone colorao; métete en casa, y entre mi madre y yo te esconderemos, como... se han escondío otros.

—¿Qué dices, Mercedes, hay desertores por aquí? ¡Abre, abre la puerta!

—Sosiégate, chiquiyo, que aquí no hay nadie más que mi madre y yo.

—¡Ah!... creí... ¡Y lo que es como me engañes!

—¡Qué he de engañarte, si te quiero más que á mi alma!

—¡Sí, pero tú me hablabas de esconderme!... ¡Morena, si otro me lo dise!

—¡Jesús, que me asustas!

—¿Sabes tú lo que me proponías? ¡Eso se llama traición, cobardía, bajeza! ¡Eso es desertar, renegar... merecer cuatro tiros por la espalda! ¡Y quieres tú que yo haga eso! Mercedes, ¿me querrías tú así?

—¡No, niño, te quiero como eres; más hermoso que el sol y más valiente que el Cid! ¡Pero por lo mismo que te quiero tanto, no quiero, ¿lo oyes? no quiero que te maten!

—Déjate de lagrimeo, tontuela; vosotras las mujeres no sabéis de estas cosas. ¿Te acuerdas de aquer día que habló Castelar en la Lonja?

—¡Más te valía no haberle oído; desde aquer día estás chalaíto por estos belenes!

—¡No disparates, cariño! ¡Tú no le oiste, tú no viste aqueyo! Tú no sabes lo que es convertirse un hombre en un dios, y gorverse loco

toíto un pueblo. ¡La fija! Así, tan retacuelo como es, y con su vosesiya é madama, ¡cabayeros, qué labia la suya! ¡Si le hubieras oído! Perlas y brillantes echaba por su boca, y estábamos lelos, y no se oía ni er resoyá de tanta arma; y ¡créelo, niña! mesmamente veía yo las *paderes* y las bóvedas del Consulao *juirse* y *desapartarse* pa dejá salí toa aqueya música de palabras, toa aqueya fogará é luminarias y toíta la riolá de gente gordá que aquer jesichero de hombre nos iba poniendo vivita allí elante los ojos... ¡Tú no sabes! ¿Qué sabes tú de aqueyas gentes de la antigüedad, de aqueyos héroes *estólicos*, que se morían riéndose y... ¡como ná, como tú te bebes un vaso de agua! ¡por el honor de la patria, por la República, por la libertá del pueblo soberano! ¿Y aqueyo de la gloria y de las arpas *fólicas*, y aqueyos cielós abiertos y aqueyas palmas, y aqueyas *urnias sanatorias*, y aqueyo de la inmortalidad?... ¡Pues si uno no se mata por eso, por qué se va á matar en er mundo, chiquiya!

Y la chiquilla le contemplaba extasiada; su novio tomaba á sus ojos las proporciones de los héroes homéricos. ¡Qué hermoso era todo aquello! Verdaderamente... morir por tantas cosas ignoradas, incomprensibles, sobrenaturales... ¡qué dicha! ¡Pobres niños, lástima de corazones sin hiel! Pero todo aquello era por la patria, por la libertad, por la República.

—¿Sabes tú lo que es la República?—preguntó de pronto Mercedes.

—¿La República...? ¡Vaya! pues... eso, ya lo sabes. ¿Tú qué entiendes de ello?

—Pues tú tampoco lo entiendes, ¡no me digas!

¡Y mira que ir á matarse por una cosa que ni se sabe lo que es ni qué cara tiene!

—¡Cáyate la boca, cotorra...! ¿Sabes tú lo que es el queré, sí ó no?

—¡Toma!... yo... ¿la verdad?... ¿la verdad?... tanto como saberlo no lo sé; ¡pero lo siento y basta!

—Bueno, ¿y te dejaría matá por mi queré? ¡Sí ó no, como Cristo nos enseña!

—¡Peasito asín me dejaría yo hasé por el queré tuyo, niño mío!

—¡Pue jate cuenta que eso digo yo de la República!

Y como sonaran de lejos cornetas destempladas, el pobre Frasquito, vuelto á la conciencia del deber, suspiró hondo, besó con delirio las manitas de Mercedes y hasta los hierros de su reja, y echó á correr calle adelante con el fusil al hombro, la cabeza muy erguida y los ojos llenos de lágrimas.

IV

DÍAS TRÁGICOS

Desde aquellos de la bárbara agresión á un entierro en la Macarena y del salvaje asalto á la Maestranza, no se vivía en Sevilla; todo era clamar de cornetas, patrullar de *pelotones*, alborotar de chiquillos, cierres inopinados de tiendas, insultos á los ricos, amenazas á los sacerdotes, registros y allanamientos de casas, silbidos, carreras, sustos y asonadas á toda hora. A la llegada de los malagueños, el escán-

dalo fue morrocotudo. ¿Pues y el día de la proclamación del *Cantón andaluz*? Pero cuando la algarada rayó en frenesí fue cuando triunfalmente entró en Sevilla el general Pierrad, cuando fulminó su proclama excitando á los federales á rechazar las tropas centralistas.

¡Con qué actividad maravillosa comenzaron los aprestos de defensa! No quedó piedra junto á piedra en las calles, ni herramienta ociosa en toda Sevilla, ni hubo ciudadano viviente que no llevase adoquín ó espuerta de tierra á las barricadas; sin que se eximiesen de tan honrosa labor pobres ni ricos, ancianos, señoras ó sacerdotes. ¡Allí no había clases, ni edades, ni sexos! Que asomaba un *levita*, un *clerizonte* ó una señorona por la esquina de la calle... pues ¡al del *futraquel*!, ó ¡al de la teja! ó ¡a la pampingada! ¡Que carguen, que sirvan á los hijos del pueblo! ¡Jala, un adoquín ó una espuerta!... ¡Así, eso, eso! ¡Olé! ¡Viva la República!

Y en medio de aquella algazara de fiesta, entre palmoteos, cañas, piropos y coplas, iban subiendo los parapetos de adoquines, y amontonándose, por dond' quiera, sacos de tierra ó colchones de lana, en bocacalles y barricadas. Por todas partes se oía rodar de cureñas y carros de municiones, voces de mando, tropel de voluntarios, tumultos, gritos y carreras de gentes, que huían despavoridas y hallaban atajadas las bocacalles, obstruídos los caminos, cerradas todas las salidas. ¡Con qué indecible afán se esperaban noticias de las tropas salvadoras! ¡Cuántas estupendas mentiras corrían por la ciudad! Y como no había correos, ni telégrafos, ni comunicación alguna con el resto

del mundo, la ansiedad ahogaba toda esperanza, y los continuos sobresaltos acababan por rendir los ánimos más valientes.

En aquella inolvidable noche del 27 al 28 sentíase, y hasta se respiraba, la inminencia del riesgo. Las horas de aquella noche no tenían sesenta minutos, se medían por siglos.

Angustioso fue el despertar de la señá Remedios, que no veía á su Frasquito desde la vispera, ni hallaba quien le diese noticias de él. Y como si su excitación fuera poca, aumentábanla y la exasperaban las oficiosas y levantiscas vecinas, con sus provocaciones y algaradas. Por fin, no pudiendo ya dominar su inquietud, lanzóse á la calle en busca de su hijo. Pero donde quiera que echaba el pie, una patrulla, un centinela, una barricada, un arma que amagaba á su pecho, una fiera voz que le gritaba: ¡Atrás!

A fuerza de vueltas y rodeos, llegó á la plaza del Duque, donde encontró, armado de un mandoble histórico—de los hurtados en la Maestranza,—y escoltando un carro, cargado de municiones, al gran Tirabeque, un aprendicillo de la fundición en que trabajaba Frasquito.

—¡Tirabeque, Tirabeque!—gritó la pobre mujer, á quien aquel encuentro sugirió una idea salvadora.—¿A onde vas, monigote, con ese espadón y esa fantasía?

—¡No ponga motes, ciudadana! Vamos conduciendo municiones al Baratillo.

—¡Pue, don Tirabeque de mi vida, llévame contigo; dirle á esos señores der carro que soy la madre der cabó Llamas!

Tirabeque sabía, por experiencia dolorosa,

que el cabo Llamas tenía las puntas de los pies de puro hierro, y tras breve parlamento con los conductores del convoy, logró que la madre del cabo subiese al carro de municiones.

En el Baratillo vivía Mercedes, la novia de Frasquito, y la señá Remedios esperaba saber por ella de su hijo. A la mitad del camino atacóse el carro entre zanjas y barricadas; pero Tirabeque y Perdigón, otro federal de su talla, cumplieron como buenos, acompañando á la afligida anciana hasta la puerta de la casa de Mercedes.

Cuando la señá Remedios entró en ella, Mercedes lloraba acongojadísima, y su madre, la señá Pastora, poníale ante los ojos el índice, muy tieso, como quien amenaza ó reprende.

—Aunque usted perdonen, señora, aquí me trae la nesetidá—resopló, jadeante, la señá Remedios.—¡Vengo buscando al condenao de mi Frasquito, que me tiene muerta!

—Por causa de él no vivimos aquí—respondió Pastora, sofocada.—Póngase usted en mi caso, señora: ¡Mi marío sív, y esta esaboría chalafta por un rigolusionario!

—¡Ay, hija mía, más que á usted me duele á mí que lo sea! Que, aunque probe, soy honrá y temerosa der Señor. Pero si es mi hijo, ¿qué jago? ¡Si le quió más que á las telas de mi corasón!

Y sin más ceremonias, Mercedes y la señá Remedios se abrazaron, llorando á mares, confundiendo en aquel abrazo todo el amor que las dos sentían por el terrible sectario.

—Yo m'ajogo, señá Remedio, no sé palabra de Frasquito, y disen que hoy se va á ardé Sevilla; vamos á buscarlo.

—Vamos—sollozó la madre.

—¡Aguardáse usted—gritó Pastora,—que cuentan que por ese infierno de calles no puén pasá las mosita; dejen, que yo iré antes á buscá argo que comé, y echaré una mirá por ese jerviero.

Cuando salió Pastora, Remedios y Mercedes volvieron á abrazarse, y no acababan de decirse cuánto querían á Frasquito, lo bueno que era y la rabia que las dos tenían á *aquello* de la República. Cuando más enfrascadas estaban en sus confidencias... ¡prrrúm!... ¡púuum!... ¡próoom! ¡Sevilla se venía á abajo! ¡Santo Cristo de Torrijol! ¡Vinge de Consolación! ¿qué pasa?

En esto, apoyada en los bizarros Tirabeque y Perdigón, llegó Pastora más blanca que el papel. ¿Qué tenía? Entre los dos valientes contaron lo sucedido.

—Ná; que yo y Perdigón nos queamos ahí en la esquina, liando un pitiyo, y oyendo á esos malagueños, que isen que mos vamos á tragá á las tropas...

—¡Bueno, acaba!—ordenaba la señá Remedios.

—Pa abreviá—intervino Perdigón,—que yo y ese estábamo ahí plantao, cuando salió esta señora, y conforme salió, una siudadana cantonala de ahí á la vera sartó chiyando: “¡A esa, á esa, que é una *sivila!*”, y... ¡cabayero!, se güerven los malagueño, y... ¡casi nál, que si no es porque cuando ya me la tenían trincá, ¡cattarrataplum!, ¡plum!, sonó la primé andaná, y apartamo tós á juí, la espeazan.

—¡Gracias á la Virgen Santísima que te ha librao, madresita mía! Pero estate tú aquí

aguantá, y vámonos á traernos á Frasquito, señá Remedios, que nos lo van á matá.

¡Prrúm!... ¡prum!... ¡plómb! el primer cañonazo.

—¡Vámonos, vámonos volando!—gritaba la pobre Remedios; pero faltáronle las fuerzās: su congoja, su miedo y su debilidad—llevaba tres días de no comer—fueron tan grandes, que cayó casi desmayada en una silla; Pastora comenzó á echarle agua en la cara, pero Mercedes seguía gritando:—¡Vámonos, vámonos, señá Remedio!

—¿Qué te has de ir, atrevía, más que loca?—voceaba su madre;—y Mercedes lloraba convulsivamente, insistiendo en su desatinado empeño.

—No s'afflija usted, señá Mersedita—dijo el gran Tirabeque,—ahora no premiten andá mujere po las caye; pero nosotros, que somos hombres y cantonales—y mostraba las gorriilas, marcadas con la R y la F,—iremos á buscarle, y le traeremos aquí, si usted quiere. Este sabe dónde está el pelotón en que va el señó Llamas.

—¡Sí, eso, eso, que vayan!—exclamó señá Remedios, hallándose incapaz de ir ella misma.—Que vayan y le digan que yo me he puesto mala y quiero verle.—Y en cuantito que entre (al oído de Mercedes), le trincamos tú y yo, ya verás...—¡Sí, hijos míos, dir vosotros que sois dos valientes! ¡Como me lo traigáis, os vais á ganar más achuchones y más cuartos!—y los besuqueaba, llenándolos de lágrimas y babas, con grave mengua del alto decoro de tan bravos campeones.

Limpiándose las caras con las mangas de las blusas, salían los dos héroes, cuando ¡prrróm!, próom!, ¡púm!, ¡aquello se ponía muy feo! Tirabeque sentía que las piernas se le blandaaban, y muy bajito preguntó á Perdigón, como protegiéndole:—¿Tienes miedo, niño?—El amor propio del guerrero se ofendió gravemente, y aunque temblando como un azogado, contestó con estoico desdén:—¿Yo miedo?... Como no lo tengas tú, ¡puñales!—Y más muertos que vivos echaron á andar hacia el lugar de la refriega.

V

EN LAS BARRICADAS

Quando, con tanta curiosidad como terror, llegaron á él los dos gurrípatos mensajeros, ¡qué habían de acordarse de su mensaje, ni de señá Remedios, ni de nada, si la Puerta de la Carne era un brasero, un volcán en erupción, el mismo infierno con sus calderas hervorosas, sus demonios tiznados, sus aullidos espeluznantes y su atmósfera negra, borrascosa, flamígera, densísima de polvo, humo, petróleo, pólvora, sangre y lumbre viva!—Camará, ¡la fin der mundo!—chilló Perdigón, asomando el hociquito ratonil por la esquina de la calle de Encisos, por donde habían logrado escurrirse.—¡Quitate ayá, cachorro!—pronunció el intrépido Tirabeque, con las pupilas dilatadas por el miedo; y cuando metió las narices en Santa María la Blanca, estuvo á punto de caer patas arriba de

espanto.—¡Perdigón, Perdigón, Tirabeque, aquí!—gritó una voz conocida y que ejercía sobre ellos decisivo influjo, pero que partía del propio lugar del combate; por lo que los chiquillos temblaron, sobrecogidos.—¡Perdigón, Tirabeque, aquí ahora mismo!—mandó la voz formidable; y las criaturas, lívidas y castañeteando los dientes, acudieron al llamamiento. La voz imperiosa era la de Frasquito, bien la conocían; pero aquella cara negra, alargada, terrible; aquellas pupilas fieras y llameantes ¿eran las suyas?—¡Aquí, *morraya*, aquí de golpe, á traé cubos de agua pá refrescale las entraña á este berrendo!—ordenó Frasquito, señalando á un cañón de viejo sistema, que asomaba la humeante boca por la de la calleja abierta entre un palacio y una casa célebre por su patio y azulejos mudéjares. El artillero que servía la pieza cayó muerto á los primeros tiros, y apoderado Frasquito de ella, no se sabe por qué recóndito misterio estratégico, la imponente máquina había de cargarse dentro del callejón, y ya cargada, á poder de cuerdas, mulas, hombres, reniegos y blasfemias, sacábanla á la calle, y una vez allí, mejor ó peor apuntada, ¡brúm!, hundíase el barrio con el estrépito del zambombazo.

Desde que Perdigón y Tirabeque entraron al servicio de la terrible *chocolatera*, caldeóseles la sangre belicosa, y recordando con desprecio sus primeras armas de mentirijillas en las batidas del Muro y Puerta Real, hallábanse dignos de los rojos bonetes que honraban sus altaneras frentes; fiebre guerrera enardecía sus corazones, ansia de gloria dilatava sus pechos va-

roniles, y cuando desde lo alto del parapeto vieron caer á los soldados de Ramales barridos por la metralla, cuando les vieron huir poseídos de pánico, sus voces poderosas se mezclaron al coro atronador de aclamaciones y relinchos de gloria que ensordeció á Sevilla.

¡Qué fiebre aquella de entusiasmo, de fuego y de muerte! ¿Qué digo fiebre? Fue un delirio, un frenesí, una hidrofobia, un tétano que duró tres días. Pero tres días en los cuales no había días ni noches, ni descanso, ni alimento, ni medida del existir. Las horas de aquellas jornadas trágicas no se sucedieron con la inexorable sucesión del tiempo: cayeron unas sobre otras y se fundieron en una masa informe de fuego, humo, sombras, relámpagos, sangre, espanto y terrores indescriptibles.

Mientras las balas de los Remington de las tropas, cuyo alcance asombró á los sevillanos, atravesaban la ciudad de extremo á extremo, los cañones cantonales vomitaban metralla contra las filas de Pavía, y por lo alto de las casas de San Bartolomé y San Esteban cruzaban negros demonios derramando latas de petróleo, pastillas de azufre y pólvora y pelotas de estopa encendida que determinaban súbitos incendios: cuando las llamas subían al cielo, y las maderas crujían y los pisos se quebrantaban, y corrían espantadas las gentes, y el estrépito, el polvo y el horror de los desplomes ensordecía, cegaba y helaba la sangre, acudían en tropel las bombas de incendios pérfidamente llenas de petróleo, y al caer sobre aquellas hogueras ríos del inflamable líquido, nubes de humo negro y densísimo se amontonaban entre

los muros en apretados cúmulos, ofanse entre paredes y viguerío hondas regurgitaciones y estridentes estallidos, y allá iban, más altas que la Giralda, las gigantescas llamas rojazules, que palidecían ante la llama viva del sol, que amenazaba calcinar la tierra.

Al amanecer del día tercero se hizo un silencio hondísimo, una calma pesada, un reposo de sepulcro. Era que los hombres de aquende y de allende las barricadas caíanse á tierra rendidos al cansancio: la animalidad, exasperada por el largo ayuno, por la bárbara tensión nerviosa, imponíase brutalmente, eclipsando en ellos la conciencia, é indiferentes á la muerte ó á la vida, rodaban como odres lacios, quedándose dormidos sobre charcos de agua y sangre, sobre montones de agudas piedras, sobre cajas de municiones ó sobre los mismos troncos rígidos de los cadáveres.

Frasquito, como todos, cayó en aquel aplastante sueño; pero cuando la luz del amanecer se derramaba tibia y lechosa sobre el horrible escenario, despertó dolorido y ataraceado por las durezas del aspérrimo lecho formado por un montón de adoquines, donde hacía de almohada una de las ruedas del ya inutilizado cañón. Angustiadísimo despertó el mozo con la cruel pesadilla de que un soldado de caballería le cortaba á cercén la cabeza, como si sintiera hundírsele en el cuello el tajante sable, al paso que un cuerpo duro, sin duda la rodilla de su enemigo, le oprimía el estómago á punto de asfixiarle. Ya despierto, reconoció que el duro filo que le degollaba no era sino el de la llanta de la rueda sobre el cual gravitó su cuerpo

dormido hasta hundírsele en la garganta, donde conservaba hondísimo surco; y vió que el grave peso que él tuvo por rodilla de su enemigo, no era sino la cabeza espeluzciada del gran Perdígón que, despojada de la gorrilla, reposaba sobre su estómago como en la más blanda almohada. — ¡Pobres criaturas! — pensaba Llamas acomodando á Perdígón contra un saco de lana sobre el cual dormía el otro arrapiezo — ¡qué amarillos y desencajados están los inocentes! ¡Entretanto sus madres...! — Este nombre despertó súbitamente en él el recuerdo de la suya. — ¡Madre de mi vida! — clamó en sus entrañas la voz interior. — ¿Qué será de ella? — Probó á levantarse y halló que las piernas no le sostenían, y tropezando y cayendo, fué á dar en el parapeto de adoquines contra el cual dormían, como troncos, los centinelas, y como las fuerzas le faltasen, tendióse sobre un montón de sacos que dominaba la improvisada trinchera. Desde allí, y al pie del parapeto, descubrió un grupo trágico: dos soldados muertos que yacían uno sobre el otro. El de arriba cayó de boca, atravesado sobre el compañero; era un tronco amorfo, del cual no se destacaban sobre el uniforme enlodado y la tierra sangrienta sino las suelas de las alpargatas y la funda y cogotera blancas del ros. El de abajo había caído de espaldas con las piernas y los brazos extendidos en cruz; Frasquito veía perfectamente sus pies amarillos como la cera cruzados por las negras cintas de las alpargatas, sus manos crispadas en el espasmo de la muerte, su cárdena boca abierta al exhalar el espíritu, y en sus pupilas vidriosas cuajado el espanto de la última mira-

da; la luz del amanecer, resbalando por aquella faz marmórea, aumentaba el horror de su inmovilidad de estatua.—¡Pobre mozo, en la flor de su vida!—sintió Frasquito.—¡Y tendría madre, y tendría novial... Y todo ¿por qué? ¿por qué?... ¡Dios mío!

Como si dentro de su corazón se rompiese un enorme témpano de hielo, el cabo de cantonales sintió que toda el alma se le derretía y que toda la sangre se le hacía lágrimas. Aquel estallido del sentimiento, aquella reacción de la conciencia determináronse en enérgico, arrollador deseo.—¡Sí, sí, quiero verlas, necesito verlas, no quiero que me maten sin haberme hartado los ojos de mirarlas!—Y la imagen de Mercedes y la cara llorosa de la señá Remedios se dibujaban distintamente en el espacio por delante del pobre soldado, que también tendría madre y novia y no volvería á verlas. Tan grande era la exaltación de Frasquito, que sintió ganas de bajar y poner en aquella helada frente el beso que no podía darle su madre; pero mayores ímpetus le impulsaban á ir á arrojarle, como cuando niño, en los brazos de la suya y sentir en las mejillas los besos hambrientos y las calientes lágrimas de su vieja. ¡Sí, él no podía ir á la muerte sin aquel viático de amor! Quiso levantarse, pero sus miembros no le obedecían; un intenso calofrío sacudió su cuerpo, y cayó en un marasmo invencible, á través del cual sentía que su voluntad iba como desasida del cuerpo, llamando inútilmente á los sentidos. ¿Si estaría él también muerto como el infeliz soldado?... Pero no; al cabo de largo, larguísimo tiempo, comenzaron á picarle las

carnes con el ardor del sol; sonaron clarines fuera y dentro de la ciudad...; pasó el tío *Trinquis* repartiendo el aguardiente, y alguien le puso en los labios una copa de aquel líquido fuego, que él apuró con ansia. Después llegó el señor *Quintales*, capitán de su pelotón; sacudióle fuertemente y le dijo:—Cabo Llamas, por su *giñen* comportamiento de ayer, es usted *sagento*. Frasquito se encontró instantáneamente de pie, erguido, cuadrado, en arrogante postura militar. El calor del sol, el rescoldo del aguardiente, la voz de los clarines, las palabras del capitán, caldearon de nuevo su sangre meridional.—¡Ahora vuelvo á ser hombre!—pensó; y arrepintiéndose de haberlo sido aquella madrugada, tornó á sentirse fiera y se lanzó lleno de entusiasmo, sediento de acción, al bárbaro torbellino de la ya empeñada lucha.

VI

AMOR Y MUERTE

Entretanto, ¿qué había sido de su madre y de su novia? Adivinando con el certero instinto del amor la tregua que el cansancio impuso á los combatientes, antes que clarease el día Mercedes y señá Remedios salieron quedamente de la sala donde dejaban dormida á Pastora, y guiadas por la ciega fe de su cariño lanzáronse al imponente dédalo de las calles, erizadas de peligros. Fácilmente vencieron los primeros obstáculos, porque el sueño de los centinelas

dejábales por todas partes el paso libre; pero tenían que subir verdaderos montes de adoquines y saltar desde lo alto de parapetos de uno ó dos metros de elevación, ó pasar llenas de susto sobre los cuerpos de los dormidos guardianes; así fueron desde la calle de Santas Patronas á las Gradas de la Catedral, y de allí á la Borceguinería, dirigiéndose por las de Fabiola y Farnesio á Santa María la Blanca; pero ya en la esquina de esta última, un muchacho á quien preguntaron por el cabo Llamas, díjoles por error que éste se hallaba en la puerta de Carmona, y las pobres mujeres, sin medir el peligro que arrostraban, corrieron á meterse en el barrio incendiado de San Bartolomé por la calle de Levies; pero al atravesar la de San José, una bala de las muchas que por allí cruzaban hirió en un brazo á la señá Remedios, que sin cuidarse del dolor ni de la sangre que perdía, obstinábase en seguir adelante. En la calle de Levies encontraron una ambulancia de la Cruz Roja, que recogió á la herida, llevándosela al hospital de sangre que unas piadosas monjas habían improvisado en lo que fue convento de San José, y una vez acogida y curada allí la anciana, Mercedes continuó resuelta su peligrosa odisea en busca de Frasquito. ¡Qué riesgos de muerte arrostró y qué siniestras escenas presenció por aquellas espantosas calles! Sitios había donde los montones de negros escombros y los haces de maderos incendiados le cerraban el paso; parajes donde los desplomes de las opuestas manzanas se cruzaban, cegando las calles con sus enormes detritus. Hogares halló volcados trágicamente en medio de la

calle; reliquias de amor y devoción anegadas en el fango negruzco, en aquel lodazal de petróleo, tierra y hollín que lo manchaba todo; vió cuadros de santos hechos jirones; una cuna de mimbres incendiada; montones de libros humeantes; un gato achicharrado, tumefacto y ya en descomposición; un retrato y un paquete de cartas ardiendo entre el cascote; todas las intimidades domésticas profanadas, caídas en el arroyo. Ella no quería ver nada; pero todos estos horrores le salían al paso, la manchaban con sus negras cenizas ó la quemaban con sus rojos tizones. Y con los pies llagados y heridos de pisar brasas, clavos y cristales, unas veces rodeando, otras huyendo de los hundimientos, otras perdida en aquel laberinto incendiado como en región de pesadilla, llegó á la calle del Vidrio y salió á la puerta de Carmona, donde los soldados de Pavía y las gentes del cantón se batían ya cuerpo á cuerpo, y en el huir desesperado y en el salvaje embestir lo arrollaban todo; pero Mercedes no veía nada, no retrocedía ante nada, y preguntaba con demente obstinación á aquellos poseídos: "¿El cabo Llamas?... ¿Dónde está el cabo Llamas?" Nadie la oía, nadie reparaba en ella; su voz se perdía en el bárbaro fragor de la lucha, y los círculos de aquel ciclón de muerte la envolvían en sus vertiginosos giros. De pronto una áspera voz contestó á la suya:—El cabo Llamas, que ya no es cabo, sino arferes, está en la puerta de la Carne; si quíe verle vivo, niña, vente, que pá ayá voy yo—gruñó el tío *Trinquis*, el repartidor de aguardiente, que iba hacia donde dijo, cargado de cartuchos, de

que había allí grande falta. Oyéndolo sintió Mercedes que le nacían alas por todo el cuerpo; y como si los llagados pies no le sangraran, como si quedaran energías en su agotado organismo, comenzó á correr, llevada de su deseo; y, alejándose, oía la voz del tío *Trinquis*, que seguía narrando las hazañas y ascensos de Frasquito.—Esta mañana me lo jisieron sagento, y cuando s'estiró er capitán Quintales, er tiniente le arrancó ar muerto una de las estrellas, y con un arfilé se la apuntó ar señó Llamas en la manga erecha, y, ¡cátatelo ofisial; digo, si es que no lo han matao, porque está jecho un león y...—Mercedes no oyó lo demás, porque aturdida y jadeante salió de la calle del Vidrio, entró en la de Céspedes, y volvía ya á Santa María la Blanca, cuando un grupo de cantonales fugitivos que corrían arrojando armas, gorras y correaes, la arrolló en su ciega desbandada.—¡Dios mío, esto es que entran las tropas! ¿qué será de Frasquito?—pensaba Mercedes, refugiada en el hueco de una puerta. Cuando pasó el tropel emprendió de nuevo su ansiosa carrera, y despreciando infinitos peligros, sorda al formidable estruendo del combate, ciega á las masas de hombres que la empujaban y oprimían, insensible á los golpes, indiferente á la muerte, poseída de un solo deseo, de un anhelo infinito, llegó ante el mismo parapeto de la última barricada á punto que se cruzaban los postreros tiros, á punto que las gentes de Pavía tomaban carrera para lanzarse como tigres á la bayoneta.—¿A dónde vas, mi vida?—gritó una voz que la estremeció hasta el fondo del alma; y en lo alto del parapeto, en-

vuelto en humo, alumbrado por los fognazos de las descargas finales, negro, desencajado, frenético, hermoso con la trágica y salvaje hermosura de un héroe ó de un poseído, vió Mercedes á su novio, que ostentaba en la manga derecha del roto uniforme una estrella bañada en la sangre que le corría del brazo, y con el fusil enarbolado á modo de maza en la mano izquierda, se aprestaba temerario á recibir el bárbaro asalto á la bayoneta. Apenas si los ojos de la muchacha pudieron llenarse de aquella visión hermosa y terrible que duró lo que el esplendor de un rayo, porque Frasquito, herido en la mitad del pecho por una de aquellas postreras balas, rodó dando vueltas desde lo alto del parapeto y fué á caer á lo hondo de un hoyo que cerca de las casas de la acera derecha se abría entre montones de tierra, de colchones y adoquines. Allí se hundió también Mercedes asida al cuerpo de su adorado; allí se abrazaron con ansia infinita en el sublime impudor de la muerte. El herido quería hablar, y las angustias mortales y la sangre que le brotaba de la boca se lo impedían; Mercedes mojó su pañuelo en un cubo de agua que allí había y lavó la cara de su novio, mojó sus labios sedientos y empapó sus sienes, con lo que, limpio de su máscara de humo, el rostro del muchacho apareció en toda su varonil hermosura, pero velado ya por la trágica lividez de la agonía. Mercedes, al ver la descomposición de aquel adorado semblante, creyó que el alma se le rompía en pedazos; y en tal momento, un estrépito salvaje sonó sobre ellos; los adoquines del parapeto rodaban empujados por una fuerza inva-

sora; por donde quiera sonaban gritos de muerte, aullidos de venganza, y un sordo tropel como de huracán desatado ó desbordada marea lo llenaba todo con su creciente oleada; era que miles de pies hollaban el parapeto; que millares de hombres corrían por la brecha como tromba desencadenada; que los infantes de Pavía entraban á la bayoneta, ciegos, frenéticos, arrollándolo todo.

Un grupo de soldados, poseídos del vértigo de la matanza, asomó por el negro agujero donde yacían Frasquito y Mercedes; por un momento pareció que sus bayonetas ensangrentadas y hambrientas iban á cebarse en los cuerpos de los novios... Pero no; los vencedores retrocedieron un paso y se les vió volver las caras, como poseídos de emoción y respeto: lo que habían visto podía más que el furor de la victoria; ¡era el amor y la muerte!; y pasaron.

En un momento de postrera lucidez, el moribundo se llevó la mano sana al pecho, arrancó de él un escapulario empapado en sangre (todos aquellos *herejes* llevaban el suyo), y dijo á Mercedes:—¡Toma... para mi... madre... y... y...—la extrema agonía cortaba su voz estertorosa; pero aún quería hablar, se obstinaba en decir algo—y... dile... dile—acabó haciendo un supremo esfuerzo—que... maldita sea... la República! — Y espiró sin haber sospechado lo que era.

CUENTOS VARIOS